

—Y á lo menos ¿es bonita?—dijo riendo el hermoso Solignac.

—Muy bonita.

—¿Qué edad tiene?

—Las cartas no lo dicen: «Una mujer morena, recién llegada del Mediodía, pondrá vuestros días y los de vuestro amigo en peligro....» Hé aquí las propias palabras de la señorita Lenormand. Dijo vuestro amigo, mi coronel, dispensádmelo.

—Al contrario,—dijo Solignac alargando la mano á Castoret;—ha dicho bien. Hasta es probable que sea la única verdad que haya dicho tu señorita Lenormand.

Marcial Castoret movió la cabeza con aire poco convencido.

—Muchas cosas más gordas predijo á la emperatriz Josefina y todas se han realizado,—murmuró.

—¡Qué locura! ¡La emperatriz es una mujer y tú eres un soldado de Wagram! ¿Te vas á comparar?...

—Mi coronel, será una debilidad, quizás, el creer en todo eso, pero puesto que el creerlo ni me quita el valor, ni la adhesión que os profeso no puedo menos de confesaros que esas endiabladas cartas me turban y me fastidian. Siento en mi interior, que tienen razón. Intrépido como sois, siempre en movimiento, siempre adelante, os arrojaréis en algun peligro, lo adivino, lo veo, y eso me aflige!

—¿Y tú, quisieras?

—Que fueseis más prudente, nada más. Mirad,

si no es por vos á lo menos hacedlo por mí, puesto que si vos os rompeis la cabeza á mi me matan. ¡Vamos, mi coronel, creo que me debeis el cuidaros un poco!

Castoret habia pronunciado estas últimas palabras con un tono medio risueño, medio suplicante, que conmovió profundamente al hermoso Solignac.

El coronel atrajo al soldado, le abrazó fraternalmente con un movimiento cordial y franco, luego cogiéndole por la oreja, como Napoleón hacia con su ayuda de cámara Constant.

—Vamos crédulo Limosin—dijo—no te acuerdes más de los naipes de la calle de Tournon, ni en las predicciones de la profetisa. Haz el amor de Catissu que es rubia y deja que venga á mi, desde el fondo del Mediodía, esa mujer morena que debe darme tanta guerra. Si tiene el pié pequeño, lo mano bonita y los ojos encantadores, se lo perdono todo, aunque tenga que dar la razón á la señorita Lenormand. Pero ahora no se trata de mujer rubia ni morena. Tenemos otra cosa que hacer, Castoret. Hay una imposibilidad que vencer, verdaderos peligros que correr y un buen soldado á quien salvar de que lo fusilen. Vas á ayudarme á intentarlo, y si hay balas para mí, no te sorprenderás de que las haya tambien para tí, mi buen Marcial.

—¡Puede mandar, mi coronel!—dijo Marcial Castoret con voz vibrante de admiracion y cariño.

—¿Tu coronel? algunas veces. ¿Tu compañero? amenudo. ¿Tu amigo? siempre.

Y Solignac estrechó de nuevo la mano del asistente en su mano nerviosa y leal.

* * *

Para conseguir libertar al comandante Riviere, Solignac no tenía otro medio sino el que, según dicen, habían querido utilizar más de una vez, durante la revolución, para arrancar a Luis XVI, María Antonieta ó Luis XVII de los calabozos del Temple. Más de un subterráneo del tiempo de Santiago de Souvré, el Gran Prior, ponía en comunicación la torre con las construcciones vecinas, y Solignac estaba, con razón, persuadido de que el hotel de la señorita la Rigaudie debía poseer una de esas comunicaciones ocultas, que formaban una especie de red oscura, misteriosa y desconocida, ba jo todo aquel barrio que hoy día casi ha desaparecido por completo.

No se trataba, por consiguiente, después de haberse asegurado de la existencia de una galería subterránea en el hotel de la Rigaudie, si no de ponerla en comunicación, si era posible, con una de las cuevas de la torre.

El coronel no perdió el tiempo. Había fijado un término de dos días para su nueva entrevista con Juan Riviere.

Durante aquellos dos días quería aprovechar el tiempo y no perder ni una hora.

Aquella misma noche Solignac sabía que una

especie de cueva se abría en el jardín mismo del hotel de la Rigaudie y comunicaba subterráneamente con los corredores secretos del Temple.

El jardinero se lo había asegurado, declarando que él mismo había bajado un día por allí.

Al día siguiente Solignac mandó á buscar al padre de Riviere, que se presentó á toda prisa.

—Creo que he hallado lo que deseábamos—le dijo Solignac.—Subamos en un carruaje; seguidme y vereis.

Juan Riviere estaba rojo de alegría y charlaba por el camino como si estuviese borracho.

Delante del hotel de la Rigaudie, Solignac hizo parar su carruaje y dijo al comerciante de paños que permaneciera allí hasta que fueran á buscarle.

—Tened paciencia; os enviaré á buscar.

—¡Oh! ¡yo esperaré el tiempo que queráis, con tal que al fin me devolvais á mi Claudio!

—Vamos á ver si lo conseguimos—dijo Solignac.

Levantó el picaporte de la puerta y entró.

Los criados del hotel, acostumbrados á las visitas del coronel, le acompañaron junto á la señorita de la Rigaudie, á pesar de que, no recibía á nadie, porque estaba algo enferma. Pero el señor Fournier, el mayordomo, anciano, limpieto, curioso, con corbata blanca, calzón de seda y cabello empolvado á la antigua moda, sabía que el coronel tenía entrada franca en casa de la que, á pesar de la costumbre, llamaba siempre «señora marquesa».

La señorita de la Rigaudie, reclinada en un gran sillón, con la espalda blandamente apoyada en varios almohadones y los pies apoyados en un taburete de raso azul, adornado con sus armas, estaba sola en medio de su vasto salón, adornadas las paredes con *marinas* de José Verne y amueblado con esos deliciosos muebles *rococo* que son el capricho del siglo más elegante de la historia.

A los pies del sillón en que la marquesa se hallaba envuelta en una especie de bata de seda oscura, un pequeño mono de la especie de los *moines*, negro de pies a cabeza, con dos tupés sobre la frente y unos hermosos ojos garzos, saltaba, retenido por una cadenita bastante larga.

Por el momento era el único compañero de la solterona y aquel silencioso tête-a-tête entre cortado ó sonrisas del mono, parecía bastar á la señorita de la Rigaudie.

Al ver al hermoso Solignac que entraba saludando con una especie de respeto afectuoso, la solterona pareció satisfecha. No pudo contener una ligera sonrisa, y, sin moverse, alargó al coronel una mano cargada de sortijas que quizás hubiera sido muy bonita, pero sobre la cual había tendido la edad una red de gruesas venas azules.

En efecto, la señorita de la Rigaudie, se iba acercando á los cincuenta años. No tenía, sin embargo, sino unos cuarenta y seis y con algo de coquetería, por la noche, á la luz de las bujías, aun podría haber figurado en el mundo,

pero con la costumbre que había tomado hacía mucho tiempo de vivir más en Limosin que en París, al aire libre, como mujer dedicada á vigilar, sus cortes de madera, su ganado y sus aves domésticas, «la marquesa» había perdido el gusto de ser coqueta. Bonita en otro tiempo, ni siquiera preguntaba ya á su espejo, si le quedaba algo de su belleza pasada.

Se había resignado, siendo aún muy joven, á envejecer: rubia y encantadora en otro tiempo, de un rubio rojizo, sus cabellos estaban ya amarillentos, de un amarillo ajado muy especial; y su rostro, que cuando se miraba de perfil parecía casi escultural, estaba cubierto, lo mismo que sus brazos y sus manos, de pecas, que debía al sol y al aire del campo.

A pesar de esto, alta, huesuda, y con el cuello largo, la señorita de la Rigaudie tenía cierto aspecto cómico y unas maneras resueltas que la hubieran hecho antipática si la expresión algo altanera de su fisonomía no hubiese sido corregida por una amable sonrisa, un poco burlona, y un acostumbrado movimiento de hombros, que parecía decir:

—No creais nunca más que en la mitad de mi brusquedad.

—¿Y bien, coronel?—dijo después que Solignac le hubo besado la mano.—Es preciso confesar que escojeis bien los momentos para venir. Estoy de mal humor: he recibido esta mañana una carta de mi intendente de Solignac. Estos demonios de colonos dejan pasar la primera yerba sin guadañar, y mis rebaños tienen la morriña.

Me hallais de un humor capaz de declarar que este mundo está poblado de tontos y bribones. ¡Decididamente ya no quiero más que á ese mono, que á lo menos me lame los dedos cuando le doy una golosina!

Y la señorita de la Rigaudie, volviéndose hacia el mono que enseñaba los dientes al coronel, le arrojó una ó dos cerezas, que el bichillo masculló en seguida, llevandoselas á la boca con las dos manos.

—¡Toma, Jack!—dijo la marquesa.—¿No es verdad que Jack es encantador, coronel?

—Jack es, en efecto, encantador—dijo Solignac;—pero hay seres que merecen más que él una mano amiga y un corazón bondadoso.

—¡Ah! ¡ah!—dijo la señorita de la Rigaudie.—Os veo venir, coronel; habeis venido á verme para pedirme un favor.

—Sí por cierto, porque estoy seguro de que me le hareis.

—¿A vos?

—A mi mejor amigo, á un compañero de armas, á quien tal vez valga más que yo.

—¡Tararirra!—dijo la señorita de la Rigaudie casi involuntariamente.—¿Acaso es el Orlando del Ariosto? porque no sé que haya nadie que sirva para descalzaros.

Solignac ni siquiera se ocupó en sonreirse por el piropo, estaba impaciente por llegar al objeto de su visita.

—Señorita—dijo—hay en este momento en una cárcel de Paris un hombre á quien es preciso libertar, salvándole de una muerte cierta.

—¡Ah! ¡bah! ¿Y habeis contado conmigo para eso?

—Sí, con vos, porque sois la mejor y más valiente de las mujeres...

—¡Me quiere coger por la adulacion el muy tunante!—dijo como si hablara para sí, la señorita de la Rigaudie, que conservaba siempre su manera de hablar algo varonil.—¿Y quién os ha dicho que yo soy buena? ¿Creeis haberme hecho un cumplido? ¡Buena! ¡buena! ¡eso es tanto como decirme que soy de la pasta de los que se dejan engañar!

—¡Bah! ¡Y aun cuando sea uno engañado! ¿Qué? Se consuela uno pensando que vale más que los engañadores. Buena sois y buena sereis, marquesa de la Rigaudie; yo os lo fio, y me ayudareis á que salga de la cárcel del Temple un hombre amenazado de muerte.

—¿Del Temple? ¿Está en el Temple vuestro amigo?

—Sí, ya veis que casi es un conocido vuestro; ¡un vecino!

—Este diablo de muchacho,—murmuró la marquesa;—de todo se rie. ¡Seria capaz de reirse delante de la muerte!

—Es el único medio de asustarla, señorita. Vamos, es preciso que me ayudeis á la ejecución de mi proyecto. A vuestro jardín dá uno de los subterráneos del Temple; por consiguiente, el prisionero debe escaparse por vuestro jardín. ¿Estais segura, de vuestros criados?

—Segura por completo. ¿Pero qué me estais contando ahí? ¡Una evasión! ¡Yo ayudaros á se-

mejante aventural ¿Por quién me tomáis? ¡Me gusta la tranquilidad y no tengo ya, ni edad ni humor para meterme en semejantes novelas! ¡Una evasión! ¡Buena es esa! Si las cuevas de mi hotel hubieran debido servir para esto, habría sido para permitir á sus majestades que escaparan de esos señores de la Convención á quienes yo quisiera ver en las calderas de Pero Botero, sin excepción alguna! ¡Pero la suerte es inevitable! ¡En fin! ¡Jack! ¡Jack!—añadió interrumpiéndose la señorita de la Rigaudié—¡maldito animal! ¿quieres no comerte los huesos? ¡Vas á romperte los dientes! ¡Vamos, Jack!

—Señorita,—repuso gravemente el coronel;—os pregunto de nuevo si queréis ayudarme á salvar á ese hombre.

—¿Ese hombre? ¿ese hombre? ¿Acaso le conozco yo á ese hombre?

—Es cierto. ¿Tendríais la bondad, señorita, de llamar á uno de vuestros criados?

—Bueno.

La señorita de la Rigaudié tiró lentamente de uno de los gruesos cordones de seda que colgaban á los dos lados del espejo y en seguida apareció un criado.

—¿Me permitís, señorita—dijo el coronel—dar una orden en vuestra casa?

—Podeis hacerlo—repuso la señorita de la Rigaudié, que habia cogido en su falda al mono y le acariciaba maquinalmente la cabeza, mientras que Jack, inmóvil, gozaba con tranquilidad de aquella pacífica dicha y cerraba dulcemente los ojos.

—En la puerta del hotel hallareis á una persona que espera—dijo el coronel al criado.—Rogadla que suba.

El criado miró á la señorita de la Rigaudié, que inclinó la cabeza y se marchó.

—¿Y quién es esa persona? ¿Quizás una mujer? ¿La esposa de vuestro amigo? Alguna víctima vuestra, mi hermoso coronel. ¡Ah! ¿Y por qué no habeis venido á verme con vuestro uniforme de gala? ¡Traje de paisano, vos! ¡Mala cosa!... Vamos, ¿y vuestra linda protegida? ¡por que debe ser bonita!...

—Entrad, caballero—dijo de repente el criado con cierta expresion de mal humor, como un hombre acostumbrado á servir á aristócratas y que por el momento no tenia que acompañar más que á un modesto burgués.

La señorita de la Rigaudié cogió su lente para examinar al bueno de Juan Riviere que entraba tímidamente, saludando á cada paso y pálido como un sudario.

—¡Calle! ¡no es una mujer!

—Señorita—dijo el coronel—os presento al padre de aquel á quien se trata de devolver la libertad.

—¡Ah! ¿el señor es?...

—¡Juan Riviere, señora marquesa!—dijo el buen hombre.—Ex-comerciante en paños, señora... Con la muestra del *Grand Titus*... ¡Ya la han modificado!... ¡Las revoluciones no saben hacer otra cosa!... Yo era proveedor del señor de Cognac, señora marquesa y puedo aseguraros que nunca tuvo la menor queja... pero no es á

eso á lo que he venido... El coronel ha debido decirnos...

—No me ha dicho nada,—dijo la señorita de la Rigaudie,—sino que vuestro hijo, segun parece, está encerrado en el Temple!

—¿Y llamais á eso nada, señora marquesa?—repuso el buen hombre mirando á la señorita de la Rigaudie con aire estupefacto.—¿Pero no sabeis que se trata nada menos que de su vida, sí, señora, de su vida?

—Llamadme señorita,—interrumpió la marquesa bruscamente.

—La señorita de la Rigaudie,—replicó Solignac,—no ignora esto, señor Riviere y nos ayudará á salvar á vuestro hijo!

—Preciso es confesar, que disponeis fácilmente de mi voluntad,—dijo la señorita de la Rigaudie con mal humor.—Una evasión es un asunto muy grave y que puede traer muchas consecuencias. ¿Por qué he de asociarme á vuestros proyectos? ¿Por qué las cuevas de mi hotel comunican con las del Temple? ¡Vaya una razón! La primera persona á quien prenderán al día siguiente de semejante escapatoria, será á mi.

—Nadie podrá sospechar que la señorita de la Rigaudie ha facilitado la evasión de un prisionero á quien no conoce.

—Sí, sí, ya comprendo. ¡Dais buenos consejos á la gente, para ser un coronel! Teneis la cabeza de un revolucionario, ni más ni menos... ¿Sospechar de mí? Me importaría á mí poco de que sospecharan; ¡pardiez! si tuveira un interés

cualquiera si el más mínimo afecto me ligara á ese desconocido... ¡Pero si hace una hora ignoraba que existiese, y aún no estoy segura de saber cómo se llama!

—El comandante Cláudio Riviere, del 4.º de dragones,—dijo con firmeza y profundo orgullo el bueno de Juan Riviere.

—¡Ah! ¡comprendo que vos, que sois su padre, hagais todo lo posible por salvar al comandante!... ¡Pero yo!... ¡no tengo nada que ver con él!... ¡No sé lo que sufris ni me interesa! ¡No soy más que una solterona egoista, y no tengo hijos!... ¡Dejadme en mi soledad y no me habéis de esas locuras!

Y, maquinalmente, la marquesa elevaba poco á poco la cabeza de Jack, que iba acercando á su mejilla, mientras que el animalito, con una espresion de profunda ternura, apoyaba sus negras manos, de arrugada palma, sobre el brazo de la solterona, y la contemplaba con ese aire de reflexion que á veces tienen esos seres mudos y pensativos.

El pobre Juan Riviere, un poco asustado por las últimas palabras de la marquesa, miraba á Solignac, que permanecía impassible, pálido, pero confiado como si hubiese estado seguro de que «la solterona», como ella se llamaba, iba por fin á conmovirse.

—Comprendo, señorita —dijo de repente Juan Riviere con una espresion desgarradora y adelantándose hácia la señorita de la Rigaudie;—comprendo vuestra indiferencia: no teneis hijos... No podeis saber el cariño que se les tie-

ne... No os llega al alma... Lo que yo sufro no lo sabreis jamás... Por la noche, señorita, me despierto sobresaltado, tengo miedo y quisiera llamar... Me parece oír ruidos terribles, detonaciones... y el sudor corre por mi frente... y temo siempre el no haberme equivocado... y me estremezco. Me parece que es á mi hijo—un hombre de honor—á quien fusilan...

—¡Ah! Si supiéseis; cuánto se ama á esos seres queridos de pequeños, cuando se mueren, señorita, es todo un porvenir de alegría el que entierran con ellos... ¡He pasado por ello!... ¡De grandes, es todo un pasado de dicha lo que teme uno perder!... ¡Ah, Señor, Dios mio! me quedan ya tan pocos recuerdos... ¿por que me han de matar ese tambien?

La señorita de la Rigaudie habia, con un movimiento brusco, despedido de su falda al pequeño Jack, que se ocultó, asustado, bajo el sillón, y miraba cara á cara á Juan Riviere con sus ojos, de un azul pálido, de los que brotaban, á pesar suyo, gruesas lágrimas.

—¡Sois un buen hombre!—le dijo bruscamente.—¡Dadme la mano!

—¡Yo, señora?

—¡Llamadme señorita!

Y la delgada mano de la solterona fué á coger la del ex-comerciante de paños, estrechándola con un movimiento febril.

—¿De modo que le salvareis?—exclamó el viejo Juan Riviere.

—Trataré de ello. ¡Que el diablo os lleve! ¿Qué necesidad tenia de conmoverme de ese modo?

—La abnegacion y la bondad—dijo lentamente Solignac—han tomado un nombre, señor Juan Riviere, y se llaman: señorita de la Rigaudie.

—No trateis de adularme—repuso la marquesa.—Bastante furiosa estoy de verme obligada á secundaros. Vamos á ver: ¿qué pensais hacer?

—Poner en comunicacion las galerías subterráneas del Temple con la que sale á vuestro jardin.

—Bueno. Para eso es preciso estar en connivencia con alguien de la cárcel.

—Ya lo estamos—dijo Juan Riviere.

—Dad orden á toda la servidumbre del hotel, de modo que, alejados del jardin una de estas noches, no sospechen nada.

—Se la alejará.

—Hay que desembarazar la galería del jardin que está medio obstruida, y de eso yo me encargo; Castoret me ayudará.

—¿Y luego?

—Tener un carruaje preparado á la puerta del hotel, meter en él al prisionero libertado, y dar gracias á la suerte por haberlo conseguido.

—¡Que Dios os oiga!—dijo el bueno de Riviere que lloraba escuchándole.

—Ayúdate, y Dios te ayudará—dijo Solignac.

—Ese carruaje—repuso la marquesa—lo guiará Fournier, mi mayordomo, transformado en cochero, por una noche. Es todo un hombre Fournier; puede uno fiarse de él.

—¡Ah! ¡señorita!—dijo el coronel,—¡qué gran mujer sois! ¡No hay dos que se os asemejen!

—Felizmente para los hombres, porque ¡demonio! ¡algo más derechos marcharíais, mis bellos seductores!

—¡Erais digna de ser madre!—dijo Juan Riviere con un tono de agradecimiento que sin duda llegó al alma de la señorita de la Rigaudié, porque su tostado rostro palideció y no contestó. Únicamente alargó sus manos al hermoso Solignac, y dijo moviendo la cabeza:

—¡Decididamente lo que vos quereis, la mujer lo quiere!

Despidióse de los dos hombres, y cuando se hubieron marchado, Solignac seguro de vencer, y Juan Riviere lleno de esperanza, tendióse de nuevo en su sillón, y llamando al pequeño Jack, que se subió á su falda exhalando gritos que querían ser reproches:

—Vamos—dijo la marquesa,—es preciso sacrificarnos todavía un poco por los demás. Al diablo esas gentes tan adictas á los que aman, que os llevan tras sí y Dios sabe adónde os conducen. ¡Toma Jack, una sonrisa! Tus brincos me cuestan menos que los de otros, y tú, pobre pequeño sér, harás verter menos lágrimas que un hijo. ¡Un hijo! Ese buen ex pañero me ha trastornado. ¡Como si tuviera yo tiempo de entermecermel! ¡Bésame, mi buen Jack! No eres tú más feo ni más tonto que las demás criaturas, y á lo menos no pides servicio alguno. ¡Vamos, conquistarle á uno por el corazón! ¡Que yo era digna de ser madre! ¡Qué sabe él? ¡Y po-

nerse de parte de un comerciante de paños! ¡Qué tontería! ¡Esta noche de seguro tengo jaqueca!

—Si la han oído desde el cielo—decía en aquel momento Juan Riviere á Solignac subiendo al carruaje—Susana y la pequeña, de seguro rezan por la señorita de la Rigaudié!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO